GINA SARRACENI
Obra: *Casa de pisar duro*, 2013.

Las casas mueren cuando se vuelven árboles,
cuando una mancha vegetal las recubre
y convierte en jardines verticales.

De sus ventanas brotan raíces
que rozan el filo de las nubes.

La casa muere con el verano en la garganta.

Hubo luz, un tiempo, en esa casa.
Hubo vidrios limpios que acogían una
mano temerosa de que el viento los quebrara.
Hubo niños oliendo a pinos y olivares
y una puerta grande donde entraba
todo el pasado y su memoria.

Los muertos regresan a la casa
Hablan una lengua incomprensible y
levantan el polvo acumulado de los años.

Puede que aquí el tiempo se detenga
y sólo exista el instante en que la casa
se torna un paisaje fugitivo.

Todo se mueve en su cuerpo de piedra,
hasta la hoja más pequeña que se asoma
a la intemperie y se abandona.

No hay de dónde sostenerse
para seguir de pie ante la casa;
para no caer delante de sus ruinas
y volverse una planta más que la recorre.

No se puede mirar tanto pasado
sin perderse en el hueco vertical
de sus paredes.

No se puede mirar en ese quiebre
sin pensar que alguien fue feliz en esta casa
alguien aferrado al canto de los grillos.

Inéditos 2015-2016

Los conejos del frío
abandonan la guarida
cuando cae la nieve.
Saltan veloces,
aquí y allá,
y dejan un rastro blanco
en la tierra de enero.
El lago es una losa inmóvil
y sus olas son crestas
detenidas de espuma,
como la muerte
como el invierno
que sepulta al mundo,

Se estremece lo vivo
en un salto animal.

Somos lo que tarda
en pasar:

una pausa
donde el amor sucede.

***
En los nidos de
Van Gogh
el pájaro
se hizo rama
y el vuelo
cáscara vacía

Son tibios
los nidos de Van Gogh
y si pones el oído
en su cava hondura
una alondra graznará
de abandono.

***

El invierno pasó
y dejó la hierba
seca y amarilla
donde los conejos
comen los restos
del frío.

De tanto en tanto
el lago tiembla
y su respiración
hace vibrar el tiempo
que transcurre.

No demores amor
que el almendro
brota impaciente

y volvieron los osos
y son azules.

****

a Pedro

Los mangos se desploman
de la rama a la tierra.
Llenan la noche de un ruido sordo
que hace del aire una caída.

Más nunca volverán a su principio
cuando esperaban
madurar el amarillo
para abrir su concha
al pájaro y al diente.

Cada noche un mango
cae dentro del oído.

Cada noche el ala de tu nombre
alcanza mi ventana,
hace nido entre mis rizos
me entrega tiernos frutos de luz.

Los mangos crecen amarillos
en el corazón que me dejas

cada noche entre las manos

Te cumples en mi sangre
como fruto que cae y
golpea la vida
en el extremo de la lengua.

Cuando un mango toca la tierra

enloquece el amarillo
y grito el jugo de su pulpa
para que vuelvas.

En las orillas del Hudson
la ciudad respira más despacio.

Su tamaño disminuye,

se oye apenas,

flota hacia la costa de New Jersey
y se confunde con el humo
de una fábrica lejana.

Entre un puente y otro
su aliento se detiene,

agita el agua,
la enrolla en una ola.

El tiempo se interrumpe
y gira paciente
la madera del cansancio.

No cabe tanta agua
en el espacio de los ojos.

La mirada no alcanza
la distancia entre dos tierras.

A Manhattan se la lleva la corriente.

La vida también

parece ir a la deriva,

hacia una orilla más lejana,

hacia la espera de las piedras.

Nápoli es una mujer que grita en la ventana,

es el Vesuvio de lavas luminosas,
mar redondo que repite su belleza.

Aquí el único lenguaje es la pasión,

sin palabras a medias
sin medias tintas:

nada más el sólido color del todo por el todo.

El amanecer llega a la casa lentamente.

Nada quiebra el silencio que queda de la noche.

Sólo se oye respirar a los insectos.

El padre y la madre desayunan.

El padre muerde el pan duro,
lo moja en agua y aceite
come la harina espesa de la guerra.

La madre, en cambio,
prefiere la avena y la manzana,
hechas arena al tacto de su lengua.

Ambos comen la corteza
del tiempo que se acaba.
Ese ser dos en la vejez,
aferrados a un ritual
que les devuelve los primeros
paisajes de sus vidas.

Ese ser hijos de lo mismo,
del mismo pan duro que mastican,
sin que la miga ceda

al diente que la muerde.
El niño quiso llevarse el mar a la casa
y comprendió que a la marea hay que dejarla ir.

En la renuncia se ama más cerca del amor.
En el cementerio de las ostras
se oye un rumor de huesos quebrados,
un chasquido que retumba
en los tímpanos de las conchas.

Las lagartijas soportan el peso de este osario,
de este monumento a lo que sobra,
al resto animal que sobrevive.

Exterminio de nácar que duele
salvaje y espina las pupilas.

Donde las ostras mueren
ninguna plegaria es suficiente.